



Tomás Salvador

Cuerda de presos

Hace cien años, cuando la justicia requería la presencia de un criminal detenido lejos del lugar de autos, era preciso llevarlo andando. Ésta es la historia de una famosa conducción o «cuerda de presos», realizada por dos guardias civiles, Serapio Pedroso Buján y Silvestre Albuín Corvino, en la persona del tristemente célebre Juan Díaz de Argandoña, llamado «El Sacamantecas», que cometió siete tremendos crímenes en las cercanías de Vitoria. La conducción dura once días, de obligada convivencia, de incesante caminar por el llano y la montaña. Tres hombres en la soledad de los caminos.

Esta famosa novela de Tomás Salvador ha alcanzado el premio «Ciudad de Barcelona», correspondiente a 1954, así como el Nacional de Literatura «Miguel de Cervantes» del año 1955. Ha sido llevada al cine, y está considerada como un clásico de nuestro tiempo.

A Casiano Carles,
10 años después.

Art. 173. — «Si tuviera que pasar por bosques, barrancos y terrenos fragosos, redoblará la vigilancia y atará los presos unos a otros si fuere menester, para evitar la fuga que frecuentemente intentan al abrigo de sitios de esta naturaleza...».

Mientras se hace de día

Es oficiosidad mía este a modo de prólogo que voy a intentar. En realidad, obedezco, un poco a la buena de Dios y otro tanto siguiendo las enseñanzas de mi redactor jefe, una norma interpretativa del instante que, a falta de otros méritos mayores, podría suponérsele el de servir protocolariamente para dar entrada a situaciones de un mayor, mucho mayor, empeño.

«En el tiempo..., en la Historia... en los hombres» —rezaban las antedichas enseñanzas—. Me quería decir que antes de empezar un relato fijase sus proporciones, le señalase un fondo, una anécdota y unos actores. Dicho así, a sangre fría, el consejo parece haber sido dictado por Pero Grullo. No obstante, preciso es reconocer que su pueril evidencia ha sido olvidada reiteradamente por todo el mundo: los que ganan dinero, los que escriben, los que hacen la política...

Pero... bueno sería no salirse de los propios moldes. Los míos son los de la letra impresa. Sólo en ellos puedo limitar mis propios impulsos de crear y deshacer lo que está aún por escribirse, por ser vivido. ¡Ay! Olvidaba que mi papel en este caso será el de un simple prologuista y que debo refrenar mis impulsos.

No tardará en ser de día. Mañana estarán por la carretera. Disponen sus cosas: Serapio Pedroso Baján y Silvestre Abuín Corvino... Recogen sus mantas, sus morrales; preparan sus documentos; engrasan sus fusiles. Juan Díaz de Garayo y Argandoña, por mal nombre «El Zurrumbón» y «El Sacamantecas», también se prepara. Llevará un mísero zurrón y las manos esposadas. Al final del camino le aguarda un extraño asiento: un banco de madera al pie de un poste vertical; una argolla de hierro a la altura de su garganta... La gente llama a este aparato: «garrote vil».

¡Dejémosles en la vigilia de la noche! Aguardemos a que se haga de día. Porque aún tardará un poco en salir el sol, es por lo que estoy yo aquí. Os confieso que es una soberana lata obligar a nadie a seguir el hilo de los propios pensamientos. De todas formas, no obligaré a nadie a que vaya conmigo. Puede suceder que creyendo yo marchar al día otros se me adelanten y muchos se vayan retrasando.

Sucede también que frecuentemente abrimos los ojos y miramos en torno nuestro. Es evidente que todo cuanto percibimos es «luz». No obstante, no menos cierto es que nuestros ojos no pueden percibir «todo lo que es luz».

Así, pues, creo yo, si miramos en torno nuestro podemos «ver» a los hombres, las instituciones, el paisaje; pero no por ello podemos afirmar que hayamos visto al hombre, al paisaje, a las obras de los hombres.

Volviendo al meollo de mi historia, diré que voy a intentar abriros los ojos sobre algunos aspectos de mi «luz», sin que por ello pueda decir o afirmar que bastará por completo para que veáis lo que yo quiero que sea visto. Eso, mayormente, depende de vosotros. Yo puedo lavarme las manos y repetir las palabras del gran funámbulo señor Castellar: «¡Qué Dios me perdone y que la Historia me olvide!». Salvadas las distancias, claro es...

En el tiempo

Estamos en octubre. El año ha sido seco y en octubre los caminos están polvorientos, llenos de rodadas y calcinados por el sol. Por lo avanzado de la estación barrunto que no tardará en llover, incluso es deseable en beneficio de nuestros campos; aunque pensando en ellos: Serapio Pedroso Buján y Silvestre Abuín Corvino, iniciando la caminata para que se cumpla el destino de Juan Garayo, me atrevería a desear que continuase el buen tiempo. En fin, lo que haya de ser, será...

De sobra sabéis lo qué está sucediendo en los tiempos que corremos. En la punta avanzada de Europa esta España nuestra, la misma de siempre, atormentada por sus propios hijos. Hace seis años lo dijo Don Amadeo de Saboya. «Conozco que me engañó mi buen deseo. Dos años largos que ciño la corona de España y la España vive en constante lucha, viendo cada día más lejana la era de ventura que tanto anhelo. Si fueran extranjeros los enemigos de su dicha, entonces, al frente de estos soldados tan valientes como sufridos, sería el primero en combatirlos; pero todos los que con la espada y la pluma, con la palabra, agravan y perpetúan los males de la nación son españoles, todos invocan el dulce nombre de la patria...».

Bien es verdad que ahora estamos en paz y tenemos un rey al que llamamos «Pacificador». Han terminado las guerras, la del interior y la de Cuba; parece que entramos en un período de reconstrucción.

1879. Es un año tranquilo. Casi no se puede decir nada sobre él, ni en pro ni en contra, no sólo porque la falta de perspectiva nos lo impida, sino porque, en realidad, es completamente anodino. Murió el anciano duque de la Victoria, personaje importante que pudo haber sido rey de España si se lo hubiera propuesto. El general Martínez Campos preside ahora el gobierno. Acabó con la guerra de Cuba y era de prever su elección. A los nueve días de su regreso fue llamado por el Consejo de la Corona. Han sido disueltas las Cortes y elegidas otras nuevas, como siempre se hace, aunque, en resumen, hayan vuelto a la Cámara los mismos de siempre, los quince o veinte partidos de costumbre, desde los «posibilistas» de Castelar, a los «fusionistas» de Sagasta, pasando por los carlistas y ultramontanos.

Por cierto que se rumorea que Martínez Campos no durará mucho. En realidad es un interino. Con él se repone Cánovas del terrible desgaste de los últimos años. Y aseguran que el general se encuentra muy disgustado, pues no le dejan llevar a la práctica los acuerdos del Convenio de Zan-

jón: abolición de la esclavitud, concesión a Cuba de las mismas condiciones administrativas y políticas de Puerto Rico. Aunque se haya votado la abolición de la esclavitud, lo cierto es que todo sigue en el aire y en Cuba no todo marcha bien; terminada la guerra grande dicen que está empezando la guerra chica... En fin, ya veremos.

Se habla del noviazgo del rey con la Archiduquesa de Austria, Doña María Cristina. Al pueblo no le gusta mucho este enlace. Fue apenas el año pasado que murió María de las Mercedes y los chiquillos empiezan a cantar en los corrillos —y presumo que lo seguirán haciendo durante muchos años— el ingenuo romance de la reynecica muerta y el rey inconsolable. Ante las razones del corazón las gentes sencillas olvidan las del Estado.

Literariamente, podemos dar por finido el movimiento romántico, que tanto calor halló en las convulsiones interiores, empezando la escuela realista.

Me estoy preguntando si todo esto tendrá importancia alguna. ¿Qué descubro yo al decir que el Estado tiende a enajenar sus minas, cediendo su explotación a los extranjeros, como sucede con las de Ríotinto? ¿Qué puedo descubrir diciendo que el comercio con Cuba y Puerto Rico es la mitad de nuestra economía? ¿Acaso sería importante que hiciera hincapié en la creciente expansión de los ferrocarriles?

Son cosas que están demasiado recientes en la memoria de todos. Presumo que llegarán otros tiempos y otros hombres con otros problemas. Pero si sus problemas son demasiado grandes a ellos deberán consagrar todo su tiempo, sin un minuto libre para hojear las pretéritas historias.

He aquí que he llenado dos páginas y me encuentro que ya lo he dicho todo. Siempre me sucede igual. Resultará que la Historia apenas tiene importancia y que son los hombres, buenos o malos, quienes la borran.

Por cierto que el haber clasificado a los hombres en buenos y malos me da pie para entrar en el segundo punto de mi prólogo...

La guardia civil

El mismo señor Silvela, que ahora es nuestro ministro de la Gobernación y aprovecha sin tasa los servicios de la Guardia Civil, tuvo el 20 de diciembre de 1870, en plena sesión de las Cortes, la mala uva de injuriar calumniosamente a la Guardia Civil. Se estaba debatiendo la cuestión del bandolerismo, terrible plaga de las regiones andaluzas y se criticaba la gestión de Zugasti por haber sentado firmemente la mano. Los ánimos estaban enconados, no comprendemos por qué, del mismo modo que no comprendemos a un hombre honrado defendiendo a los feroces caballistas andaluces, salvo que ese hombre sea político en cuyo caso la honradez se le presume, pero no consta.

Nuestro señor Silvela dijo entonces-con más o menos palabras-que la Guardia Civil aplicaba la «ley de fugas» en sus conducciones de presos. El señor Cánovas —otro que la baila—, ante el estupor de la sala, llamó asesinos a los guardias civiles.

Como el entonces ministro de la Gobernación se limitó a salir del paso con una discreta negativa, y como ésta es la historia de una conducción o «cuerda de presos», servicio que lleva a cabo la Guardia Civil, me creo en el deber de divulgar unas cuantas verdades.

Posiblemente los señores Silvela y Cánovas se encuentren actualmente arrepentidos, quizás; pero lo cierto es que no se han retractado y desde entonces —necio sería negarlo— el pueblo insulta a la Guardia Civil cuando conduce un preso por las carreteras españolas, obligando a rodear algunas poblaciones para evitar incidentes. Y puesto que el impremeditado discurso ha permitido la fermentación de

muchas ruindades, de mucha insolencia, veamos la forma de arreglarlo.

No soy abogado de malas causas ni vocero de instituciones poderosas. La Guardia Civil no tiene facultades para premiarme y los señores Silvela y Cánovas sí que las tienen para hacerme la puñeta. Nada, pues, voy a ganar y algo, muy poco, pues poco tengo y poco valgo, puedo perder. No importa. Peor para ellos si mi recuerdo les molesta. Y sigo adelante...

Todos conocemos la ya clásica silueta del guardia civil punteando en negro y amarillo los caminos. Ved su sombrero de tres picos con galón de hilo blanco; su casaca de hilo azul casi negro; pantalón de lienzo con las grandes polainas ajustadas hasta más arriba de la rodilla; sus cartucheras y correaes cruzados; mochilas de hule negro; cinturones con hebilla y escudo; sus pesadas capas de paño negro sobre los hombros, sus fusiles Winchester o sus carabinas Minié y su sable al costado... Así los vemos...

La historia nos dice que la Guardia Civil fue fundada en el año 1844, ahora hace treinta y cinco años, gracias a los desvelos del duque de la Ahumada. Por lo pronto, tanta era su necesidad, se crearon catorce Tercios, tantos como distritos militares, con un total de veinte escuadrones y ciento tres compañías.

Pero no es acumulando datos logísticos como quisiera empezar o terminar. Desearía encontrar la raíz, que es la gestación, que es la fuerza. Veamos. De una forma u otra, desde que existe el mundo, o por lo menos desde que el hombre apareció, hubo siempre un subfondo organizado de gallofería o picaresca. La violencia, la astucia, la fuerza aislada o reunida del pícaro, latente siempre al margen de la vida misma, necesitó en contrapartida la astucia, la violencia, la fuerza de una forma organizada de defensa legal.

Las asociaciones delincuentes han crecido o menguado al socaire de la debilidad represiva. Llámense «tunia», «germanía», «garduña» o «hampa» los miserables han tenido

siempre en cuenta esta circunstancia. Y así vemos cómo en tiempo revuelto el ladrón se hace bandido, y cómo lo que en el reino de los «tunos» era destreza, engaño, fullería, con la llegada de los «hermanos de la jerga» se convierte en robo, violencia o muerte.

Existe, además, otra circunstancia. El carácter ibérico no puede admitir permanentemente el pícaro redomado, entre otras razones porque la lístela de los fulandrones es pronto asimilada. La picaresca tuvo vida efímera. En los tiempos en que una golondrina podía recorrer ambas Castillas sin encontrar un grano de trigo —hablo de los tristes siglos de nuestra decadencia— el delito fullero degeneró en bandidaje. Es decir, volvió a sus cauces. Esto permitió delimitar posiciones. Un hombre honrado puede ser un arrebatapas a poco que se le rasque. Pero hacer trampas en el juego es muy diferente a tirarse a los caminos con un retaco en la mano. El crimen, pues, se fue al campo.

El mundo de la violencia en las ruralías ha tenido muchos nombres. Recuerdo ahora a los llamados «patulea», pandilla de afrancesados que infestaron Cataluña; «los calentadores», «los Hermanos de la Camándula» y «los Beatos de la Cabrilla», curiosa asociación la última que operó en la sierra de la Cabrilla (Cáceres), formando una especie de comunidad frailuna, bajo la obediencia de un llamado prior; llevaban escapularios y rezaban todos los días, saliendo a los caminos para robar las galeras o diligencias, exhortando a las víctimas a que repartiesen sus bienes con los hermanos necesitados, que eran ellos, naturalmente, no robando nunca más de la mitad de los valores sorprendidos, salvo que hubiese resistencia en cuyo caso arramblaban con todo y mataban a mansalva.

Hubo siempre muchos cuerpos destinados a la persecución de estos bandidos y otros que no nombro, empezando por la Santa Hermandad y terminando por la Guardia Civil, creados exclusivamente para la protección de vidas y haciendas rurales. De estos cuerpos, armados, naturalmente,

se distinguieron los Mozos de Escuadra, en Cataluña; los Caudillatos, en Galicia; los Miñones valencianos; la Milicia Urbana Granadina; los Escopeteros de Getares; los Celadores Reales; los Migueletes; los Miñones...

Pero estas unidades, como su mismo nombre lo indica, eran de influencia demasiado localizada. Se necesitaba más. Precisamente unos pocos años antes de la creación de la Guardia Civil se puso de manifiesto este defecto. Hubo un rebrote del bandolerismo. Existían las partidas de José María «el Tempranillo», la del «Chato de Benamejí» y la de los terribles «chulos», mandada por un francés apodado «el Capador». Para perseguir a estos malhechores fue necesario levantar un ejército de cuatro mil hombres y gastar muchos miles de duros.

Hago esta exposición para que se comprenda la necesidad de la Guardia Civil. Haré un esfuerzo para recordar otra frase del señor Castelar —el señor Castelar tiene debilidad por las frases y hace algunas preciosas—; dijo: «¡Grande es Dios en Sinaí!»... No. Me parece que no es ésta. Veamos... ¡Ah, sí...! «Yo amo la libertad. Pero he aprendido, señores diputados, que la libertad no puede existir cuando falta la seguridad; pues si uno no puede salir de casa, no es libre...».

¡Magnífico! Así pues, en 1844 para que el señor Castelar, veinte años más tarde, pudiera decir frases tan hermosas, nació la Guardia Civil. Esta institución no ha sido nunca un alarde de fuerza. Ha sido la paciencia, la perseverancia, el arrojo de dos hombres: «la pareja», multiplicada por todos los caminos y serranías de España.

Son hombres ya formados. Licenciados del Ejército con buena nota después de los siete años de servicios, o bien ingresados a los cuatro cumplidos, como exige el Reglamento. Visten constantemente de uniforme. Se casan y viven en sus casas-cuarteles, como en un mundo aparte. Los hallaréis en todas las encrucijadas, fronteras y horizontes. El haber mensual de un guardia civil es poco más de 250 rea-

les de vellón. Por esa cantidad, el Gobierno exige al guardia civil una cantidad tal de obligaciones o deberes que le anula totalmente.

La anulación del hombre como individuo —¡cuánto se ha hablado de ello en estos tiempos de sacrosanta libertad!— se consigue algunas veces por dinero; otras lo alcanza un juramento, un uniforme, un ideal. La Guardia Civil lo encadena —al individuo— por el honor. Por un honor que una vez perdido no se recobra jamás, el guardia civil se somete a una disciplina espartana, a una obediencia ciega, o una anulación total.

Cantar las glorias militares de una facción es relativamente fácil. Pero entonces es imposible desglobar lo que se debe al hombre y lo que es debido a la institución. La Guardia Civil es obra del hombre. Para glosar la humilde gloria humana, que es gigantesca en su misma humanidad, no es preciso mirar al resultado del conjunto. Basta abrir los ojos a la emoción sencilla y grande del sencillo y grande sacrificio.

Veamos si encuentro unos ejemplos. Quisiera que mi pluma perdiera engolamiento, y al igual que habla de pequeños sucedidos, hallara para ellos el acento preciso.

La noche del 8 al 9 de abril de 1863, un fuerte temporal azotó las playas andaluzas. En la playa de Conil apareció, a poca distancia, una goleta, casi desmantelada. La pareja de guardias formada por Atilio Campos y Francisco Villorín lograron aprestar una barquichuela y acudir en socorro de los naufragos. Fueron recompensados con una cruz sencilla de María Luisa. Un año más tarde, en una noche de tormenta, fue hallado muerto, ahogado, en la playa, el guardia Villorín. Estaba sin guerrera y descalzo y se supuso que se había lanzado en socorro de alguna persona. No era así. Era algo más. Se supo después que Villorín había tomado la costumbre de acudir a la playa en los días de marejada. Le había cegado el brillo de una sencilla recompensa, el honor de su sacrificio.

En enero de 1867, hallándose, los guardias del puesto de Iznajar, Manuel Conde Aballe y Francisco Córdoba Gómez patrullando por el camino de Málaga, vieron venir a dos caballistas armados de sendos retacos. Se cruzaron para pedirles la documentación, obteniendo la respuesta: «los ladrones no tenían documentos que presentar a la Guardia Civil». Acto seguido, los que a sí mismos se llamaron ladrones, picaron espuelas a sus caballos y escaparon a campo través. Los guardias corrieron detrás. Fue un cotejo entre unas finas monturas —pues si alguien tenía buenos caballos entonces en España eran los bandidos andaluces— y la ruda tenacidad de unos hombres. Sin embargo, después de una asombrosa persecución, los infantes lograron alcanzar a los caballos y detener a los delincuentes.

Descarriló cerca de Villafranca, entre Manzanares y Córdoba, un tren mixto. Un guardia, Antonio Botellas, viajaba en el tren. Pasados los primeros momentos de confusión, se impuso al clamoreo general el grito de angustia del fogonero, apresado entre los hierros al volcar la locomotora. El polvo del carbón, el vapor que se escapaba de las válvulas, y la atroz mezcla de hierros y madera apenas permitían la acción. Botellas se lanzó en ayuda del infeliz, entre los carbones del horno y las rociadas hirvientes que se escapaban de todas partes, rotas las válvulas y las cajas de distribución. Logró separar el carbón, agarrar con cuidado por el pecho y tirar hacia afuera. Pero tenía las piernas apresadas entre el suelo y la máquina volcada y no pudo sacarlo. «¡Tira con fuerza!» —gritaba el fogonero—. Todo era inútil, nadie más se atrevía a ir en su ayuda. Cuando media hora después, despejado un poco el aire del humo y vapor, acudieron, el fogonero estaba muerto; Botellas, sin sentido, permanecía abrazado al que, a todo trance, se había empeñado en salvar.

Por estos o parecidos hechos, el guardia civil es recompensado con una cruz sencilla de María Luisa, pensionada, en casos excepcionales, con diez reales al mes.

La verdad es que no quisiera añadir aquí una palabra más. Pasemos a...

La conducción de presos

Hace apenas unos meses, un sargento de la Guardia Civil murió al intentar detener las caballerías desbocadas que arrastraban un carro con diez presos.

La conducción de detenidos o «cuerda de presos», es uno de los servicios que presta la Guardia Civil. No diremos que sea el más grato, pero sí el que más denodado esfuerzo exige y el que mejor canta las excelencias de una institución.

Creo yo que os interesará saber algunas cosas sobre la materia. Es estos tiempos el Gobierno está en plena fiebre de reconstrucción nacional y llena las carreteras de presidiarios para llevarlos o traerlos a los canales, caminos de hierro o puertos donde trabajan en pésimas condiciones. Bravo Murillo, gran ministro de Fomento por otra parte, inició esta moderna leva de presidiarios para trabajar en las obras públicas.

Ni entro ni salgo en ello. La apología o demostración de esta forma moderna de la esclavitud está fuera de mi alcance. Quería decir únicamente que esos presos los conduce la Guardia Civil. Casi todos habréis visto alguna de esas caravanas por los caminos. Van y vienen andando, atravesando a veces España de punta a punta. Llegará un día en que el ferrocarril nos ahorre el penoso espectáculo; pero, hoy por hoy, las «cuerdas de presos» pisan el polvo de los caminos.

Luego diré algunas cosas sobre las conducciones. Dejarme ahora que haga una pequeña síntesis histórica de las cuerdas de presos. Escribo agobiado por el tiempo —pronto amanecerá— y me faltan archivos y datos concretos. Pero una cosa sé cierta: que el hombre siempre ha esclaviza-